

socialismo*

MICHAEL HARRINGTON

Por último, existe la visión del socialismo en sí.

No se trata de un programa inmediato, forzado por lo que es posible políticamente, o incluso de la proyección de una media distancia en la que deben verificarse cambios estructurales. La idea es una sociedad completamente nueva en la que se han trascendido algunas de las limitaciones fundamentales de la existencia humana. La premisa en que se basa es que la lucha del hombre contra la naturaleza ha sido totalmente ganada y, por lo tanto, existen bienes materiales más que suficientes para todos. Como consecuencia de este cambio sin precedentes en el ambiente, se efectúa una mutación psíquica: la necesidad de una lucha por los recursos escasos ya no programa en la vida una competencia odiosa; la cooperación, la hermandad y la igualdad se convierten en algo natural. En este mundo la productividad social del hombre alcanzará tal altura que dejará de ser necesario el trabajo obligatorio. Y mientras más cosas se proporcionen gratis, el dinero, ese equivalente universal por medio del cual se racionan las necesidades, desaparecerá.

En un brevísimo bosquejo, en eso consiste esencialmente el socialismo. Nunca llegará a presentarse en su forma ideal, pero es importante dar los detalles del sueño para delinear mejor cada una de sus aproximaciones.

Así, hay una buena razón para ello al empezar a evocar el futuro lejano *sotto voce*, insistiendo en el carácter finito del socialismo. Éste había sido señalado por el gran antisocialista Fedor Dostoievski, y desde entonces ha tomado importancia. El socialismo mesiánico, argumentaba Dostoievski, que pretende una total salvación terrenal análoga a la redención cristiana,

* Fragmento del libro de Michael Harrington que próximamente publicará el Fondo de Cultura Económica bajo el título de *Socialismo*.

conduce al totalitarismo. Porque el hombre no puede ser remodelado totalmente, y los que pretenden hacerlo, en nombre de la no violencia y la hermandad, se verán obligados a usar la fuerza y la dictadura al intentar lo imposible. Dostoievski no comprendió sus propios prejuicios cuando hizo este análisis —igualó la Rusia campesina, zarista y ortodoxa con la naturaleza humana—, pero era muy real su toque de alarma.

Es importante insistir en las limitaciones del socialismo como un prelude para describir la forma en que busca abrirse paso entre tantas de nuestras restricciones presentes. No propone una solución a todas las calamidades humanas, sino sólo a las que se basan en las condiciones de vida económicas, sociales y políticas. En contra de lo que pensó Marx, perfectamente podría tratarse de que una vez que el hombre deje de morir de hambre y pobreza y empiece a fallecer sólo de muerte, volverá a surgir el espíritu religioso y no desaparecerá. “Bajo el comunismo —en cierta ocasión escribió Sidney Hook— el hombre deja de sufrir como animal y sufre como humano.” Por lo tanto, pasa del plano de lo despreciable al plano de lo trágico.

El hecho de aceptar que el socialismo no es la beatitud final, no debe detener la imaginación. Por ejemplo, creo que Stanley Moore exageró en su legítima hostilidad hacia las demandas de algunos jóvenes izquierdistas de Norteamérica que pedían “*Gemeinschaft*, ¡ahora!”. Escribió: “No es suficiente para la revolución proletaria abolir la división de trabajo entre asalariados y capitalistas. ¿Por qué sugiere Marx en la *Ideología alemana* que el comunismo elimina toda división de trabajo?” Pero hay tendencias presentes y ciertamente un potencial socialista futuro, con vistas a redefinir el trabajo en forma tan radical como Marx lo sugirió.

Por lo tanto, en lo que viene a continuación habrá una tensión dialéctica. Por una parte, quiero evitar

el punto de vista absolutista del socialismo que lo hace tan trascendente, de tal manera que los verdaderos creyentes se ven forzados a presentar una rabia totalitaria en su esfuerzo por crear un orden perfecto; por otra parte, deseo sugerir las posibilidades verdaderamente sin precedentes para el cambio humano que existen en la actualidad. En este momento la sociedad debe buscar la abolición tanto del trabajo como de la moneda, aunque nunca logre este ideal. Al concretizar esta visión, primero analizaré sus dos objeciones más importantes: que es imposible la abundancia global; que no existe una clase de hombres, o grupo de clases, impelida a buscar esas transformaciones básicas de la estructura social. Me parecen de suma importancia estas objeciones, e incluso provocan perturbación, pero no me convencen. Así, después de ocuparme de ellas, replantaré un ideal socialista que es perfectamente apropiado para el siglo XXI

I

Desde un principio el movimiento socialista fundamentó su visión en la idea de que la tecnología crearía lo suficiente para todos con sólo quedar liberada de sus limitaciones capitalistas. Pero a fines de los sesenta, y principio de los setenta, la nueva preocupación por el medio y la ecología ha conducido a algunos hombres de gran seriedad —y humanidad— a poner en tela de juicio esta premisa fundamental.

En 1818 ya Robert Owen especulaba que “el nuevo poder científico pronto hará que el trabajo humano sea de poca utilidad en la creación de la riqueza”. Marx hizo que la inmensidad potencial de la productividad social fuera el tema central de su obra maestra, *Das Kapital*, y el fundamento de sus convicciones socialistas. Un hecho extraño es que John Maynard Keynes, un convencido antisocialista, compartiera este supuesto básico. En 1931 dijo:

Como el mundo occidental ya cuenta con técnicas, si creáramos una organización para utilizarlas, para reducir el problema económico, que ahora absorbe nuestras energías morales y materiales, a una posición de importancia secundaria. Así pues, el autor de estos ensayos, por todos sus gruñidos, sigue creyendo que no está lejos el día en que el problema económico tome la importancia inferior que debe tener y en que sea ocupada la arena del corazón y de la cabeza, o vuelva a ser ocupada por nuestros problemas reales —los pro-

blemas de la vida y de las relaciones humanas, de la creación, la conducta y la religión.

Aun antes de las preocupaciones ecológicas de los últimos sesenta, había quienes impugnaban esta teoría dentro del mismo campo socialista. Anthony Crosland escribió, en *The Future of Socialismo (El futuro del socialismo)*, que “probablemente nunca se llegará a un punto de saturación en el que sea superfluo un crecimiento posterior”. Pero los argumentos últimos y más poderosos han venido de personas como Kenneth Boulding y Robert Heilbroner. Su causa en parte ha sido adoptada por Richard Nixon.

El cambio que actualmente se verifica, sostiene Boulding, no es un paso de la pobreza a la abundancia, sino de la

sociedad abierta... con una “entrada” de material proveniente de minas y minerales y combustibles de fósiles, y con depósitos contaminables como recipientes de “salidas” —a una sociedad cerrada en la que ya no hay minas o depósitos contaminables y en la que, por lo tanto, todos los materiales deben ser recirculados. Esto es lo que he llamado la “tierra cosmonave”.

En 1970, al dirigir una mensaje al Congreso sobre el medio, el presidente Nixon manifestó una versión de la tesis de Boulding: “Al contemplar el futuro a largo plazo —los años 1980, 2000 y después— la recirculación de materiales se hará cada vez más necesaria no sólo para tratar la basura, sino también para conservar los recursos.”

Robert Heilbroner, un gran pensador y crítico simpatizante de las ideas socialistas, ha comprendido en qué forma este análisis de los recursos limitados trastorna el viejo sueño de la izquierda, así como muchas otras aspiraciones. Por ejemplo en el Tercer Mundo, escribe:

... los países subdesarrollados *nunca* pueden esperar lograr una paridad con los países desarrollados. Dada nuestra tecnología presente y futura, simplemente no hay suficientes recursos para permitir que una tasa “occidental” de explotación industrial se expanda en una población de 4 000 millones —mucho menos de 8 000 millones— de personas.

Y un poco más adelante nota:

Los socialistas también deben ponerse de acuerdo en cuanto al abandono de la meta de superabun-

dancia en que se apoya su visión de una sociedad transformada. El equilibrio estacionario impuesto por las restricciones de la ecología requiere como mínimo una reformulación del tipo de sociedad económica hacia la que el socialismo dirige sus pasos.

En el último comentario Heilbroner no es suficientemente riguroso. Ya que si no es posible la abundancia, entonces no es socialismo, y ninguna reformulación puede evadir ese hecho. En una sociedad de escasez, los socialistas siempre y con toda razón lo han argumentado, habrá una competencia inevitable entre la gente por esos recursos limitados. Por lo tanto, la misma experiencia de la vida cotidiana preparará el camino para la competencia o para un sistema draconiano de racionamiento, pero no para la fraternidad y la ausencia de clases. Y esa idea, más bien desagradable, ha sido completamente corroborada por los acontecimientos de los últimos 150 años.

En una sociedad cosmonave los valores socialistas ciertamente serían los más apropiados para tratar de delinear la forma mejor de compartir los recursos disponibles, pero la emancipación socialista de la personalidad no sería posible. A los observadores superficiales incluso parecería que tal orden se vería forzado a ser más socialista; por ejemplo: obviamente tendría que comprometerse en una planeación de largo alcance, en decisiones políticas como la manera de efectuar inversiones, etcétera. Lo único que no estaría presente sería el alma socialista, la esencia socialista.

Sin embargo, no me convence la proyección de Boulding y Heilbroner sobre lo que sucederá. Tres tendencias importantes, cada una de las cuales puede acelerarse mediante la lucha política, podrían contradecir su pesimismo: la innovación tecnológica, el control de la población y un cambio en las actitudes de consumo.

Al principio de los sesenta se discutía la posibilidad de que la tierra alcanzara un "tope energético". La producción de energía trae como resultado calor. Si este crecimiento continúa en los Estados Unidos al ritmo actual, hacia el año 2070 la temperatura de la tierra se elevará al equivalente de una séptima parte de la energía de los rayos solares. Tal acontecimiento traería consecuencias intolerables. Por ejemplo, conduciría a la inundación de las ciudades costeras. En ese caso, el concepto básico que argumentan Heilbroner y Boulding claramente convencería.

Lo que es más, todas estas cifras nos llevan al supuesto esencialmente conservador de que nuestra tec-

nología generadora de energía seguirá siendo la misma de la actualidad. Si antes de la llegada de la máquina de combustión interna, alguien hubiera supuesto algo semejante —que la fuerza animal siguiera efectuando el trabajo pesado— se hubiera predicho que los Estados Unidos no podrían sustentar su población presente. Las multitudes de caballos y mulas necesitarían tantos campos para pastura y tanto forraje que no habría lugar para la gente o para las ciudades. Pero se presentó el motor y toda la situación cambió en forma drástica. Así, pues, es necesario tomar en cuenta los cambios posibles y dramáticos que puede traer la innovación tecnológica.

Por ejemplo, tan sólo en el campo de la producción energética existen cuatro alternativas posibles. La Comisión de Energía Nuclear cree que un sistema para alimentar reactores podría solucionar muchos de estos problemas. Por otra parte, difícilmente se ha aprovechado el potencial de la energía de las mareas, de la energía solar y geotérmica (desde las profundidades de la tierra). Sería una obvia política socialista dar una excepcional prioridad a la exploración de esos nuevos recursos. Y en cuanto a las dificultades a largo plazo que evoca Heilbroner, ciertamente se puede pensar que los avances tecnológicos permitan la creación de la abundancia esencial al socialismo.

En un poema en prosa, publicado en 1971, Buckminster Fuller examinó una de estas fuentes alternativas de energía. Las mareas en la Bahía de Fundy, Maine, podrían proporcionar "más pielibras de energía diariamente, producidas con un bajo costo, que lo que necesita toda la humanidad". Y concluyó:

Pido que su posición
pronto y sin ambigüedades se aclare
en el sentido de que se oponen contra toda nueva
[incursión

de petróleo en el Maine
o de los oleoductos en Alaska.
Espero que al mismo tiempo
se recupere Passamaquoddy
junto con la iniciación de una multitud
de los transformadores de energía de las mareas
[de Fundy

al par de capacidades combinadas
suficientes para que el apoyo de la energía celes-
[tial

de toda vida humana en el Planeta
se mantenga exitosamente
hasta que la humanidad arraigada en la Tierra
logre emigrar al sistema de un vecindario cósmico
[más amplio.

Además, existen las posibilidades fuera de la imaginación del “vecindario cósmico” de Fuller. Una de las razones por la que no estoy de acuerdo en la condena general que la izquierda hace del programa lunar norteamericano se relaciona con este punto. No hay forma de conocer lo que descubriremos en el espacio —no sólo en cuanto a recursos, sino en relación con nosotros mismos. Es erróneo exigir cuentas inmediatas y obvias de esas empresas, ya que son un ejercicio, a escala interestelar, del descubrimiento fortuito. Su misma existencia significa que los límites imaginados por Boulding y Heilbroner no deben considerarse fijos e inmutables.

Sin embargo, sería un error poner simplemente una confianza socialista en el potencial benigno de la tecnología. En primer lugar, porque todo avance técnico plantea problemas políticos, como claramente lo demuestra el ejemplo de la “revolución verde”. Si, por ejemplo, algún tipo de riqueza mineral o fuente de energía se descubre en el espacio, ¿a quién pertenece?, ¿a las naciones o a los individuos, a los capitalistas o a los comunistas? En segundo lugar, porque existen otras políticas factibles que pueden evitar una nueva y elaborada forma de escasez.

En este punto, la población es un caso patente. Es ya clarísimo el hecho de que una limitación en la tasa de crecimiento es esencial en el Tercer Mundo, lo cual es la razón por la que el último capítulo puso un énfasis excepcional en la investigación de esta área. Pero más allá de esta necesidad inmediata y palpable, que es cuestión de vida o muerte para las masas de las ex-colonias, este tema debe plantearse en los términos de los problemas presentados por Heilbroner. Incluso suponiendo una innovación tecnológica inesperada y cambios políticos y sociales correspondientes, no se puede prever un socialismo capaz de aliviar las necesidades de un mundo que aumenta sus cifras en miles de millones durante una sola generación.

Por ello, la limitación de la población no es simplemente una respuesta socialista al subdesarrollo, sino un principio básico para la creación humana del futuro lejano. Por supuesto, esto debe efectuarse sobre una base voluntaria, y hay motivos para esperar que funcione ese enfoque. La demografía no es sino una ciencia exacta, pero hay indicaciones importantes en el sentido de que una población educada responde a la persuasión racional a este respecto, sobre todo cuando la investigación del control natal hace la decisión individual aún más fácil y más segura de lo que normalmente es.

Por último, porque existe la posibilidad de un cambio masivo con respecto al consumo. En las proyecciones de Heilbroner, supone una pauta de vida “norteamericana” al calcular las limitaciones en los recursos mundiales. Pero en un sistema socialista, la mayor parte del desperdicio, la duplicación y las pseudonecesidades que son tan importantes para el capitalismo ya no son necesarios, simplemente porque la economía es más racional socialmente. Pero hay un cambio todavía más profundo que puede esperarse —y promoverse.

Las necesidades de consumo de la gente no son eternas sino, en cuanto las necesidades vitales son satisfechas, históricas y sociales. Adam Smith, observó Marx, consideraba que los abogados, sacerdotes, funcionarios del Estado y soldados vivían como parásitos de la producción y, por lo tanto, propuso que su costo quedara en el mínimo. Pero Marx confirmó, cuando el capitalismo alcanzó mayor prosperidad, el burgués perdió sus actitudes puritanas y abstemias y francamente se hizo feudal con el apoyo que proporcionó a los siervos y a otros criados. Al mismo tiempo se registraba, notó Marx, un incremento en el trabajo improductivo —publicidad, crédito, seguro— dentro del mismo sistema capitalista.

Éste fue el fenómeno que Max Weber y Thorstein Veblen estudiaron cuando escribieron cómo a los hijos de capitalistas prósperos frecuentemente no les interesa el hacer dinero por considerarlo una ocupación vulgar. Más recientemente, en los Estados Unidos y Europa occidental algunos hijos de la clase media creciente se han apartado de la sociedad comercial en una forma todavía más radical, experimentando formas comunales de vida. Si pueden observarse estos cambios dentro del capitalismo, parece muy probable que una sociedad socialista perfecta, que buscaría poner fin a la competencia odiosa, sería aquella en que la gente libre y voluntariamente escoja una vida menos opulenta y más natural.

Así, pues, la sugerencia de que la escasez, no la abundancia, será el resultado de nuestro genio tecnológico nos perturba, pero está lejos de ser algo apremiante. Aunque ciertamente Heilbroner y Boulding tienen razón, habrá un lugar en la sociedad cosmonave para la sociedad socialista —planeación democrática, imparcialidad en el racionamiento, etcétera—, pero no para el socialismo. La posibilidad de un orden social, verdaderamente nuevo de hermandad, exige como condición material previa que haya lo suficiente para todos. Paradójicamente, sólo tal abundancia sin precedentes podría hacer que no funcionara la codi-

cia. Pero existen programas inmediatos y positivos que pueden convertir la abundancia en una posibilidad real: mediante la innovación tecnológica, la limitación de la población y el cambio en los gustos del consumidor sigue siendo posible caminar hacia un mundo tal, opulento colectivamente, que pueda proporcionar una vida decente a todos los hombres, mujeres y niños, del planeta.

II

El segundo desafío a la visión socialista es todavía más serio. Se dice que ya no existe un solo grupo interesado en crear una sociedad buena.

En el pensamiento de Marx fue central la idea de que la clase trabajadora estaba obligada, por las condiciones de su existencia, a luchar por el socialismo. El socialismo afirmó, ya no era una esperanza, un sueño o un plan de intelectuales; se había convertido en una poderosa tendencia dentro de la realidad social misma. En las primeras formulaciones de esta perspectiva, por ejemplo *El manifiesto comunista*, erróneamente Marx pensó que el orden burgués rápidamente “simplificaría” su estructura de clase y así contrapondría una enorme clase trabajadora a una frágil burguesía. Pero con el paso del tiempo Marx se dio cuenta de que se había equivocado.

Existe, escribió en las *Teorías sobre la plusvalía*,

un crecimiento constante en la clase media que se sitúa entre los trabajadores, por un lado, y el capitalista y el terrateniente, por el otro, que se hace cada vez más extensa y es alimentada por las ganancias que pesan como gravamen sobre la clase trabajadora que está debajo de ellos e incrementan la seguridad social y la fuerza de los diez mil que están arriba.

Sin embargo, Marx nunca pudo efectuar en su teoría todos los cambios que obviamente este descubrimiento implicaba. Ahora bien, en los grandes debates que se suscitaron a principios de este siglo todos sus herederos reconocieron que la estructura de clase no se desarrollaba de acuerdo con el esquema feliz del *Manifiesto*.

Así, por ejemplo, Kautsky escribió en 1895 sobre un “nuevo estrato medio, mucho más numeroso y en constante crecimiento que se está desarrollando... Aun cuando toda la clase media decline como resultado de la caída en los negocios pequeños”. Los funcionarios estables y los profesionales, dice Kautsky, esencialmente asumieron el punto de vista de la burguesía. Pero la

intelligentsia, una clase que se basa en el “privilegio de la educación”, era un asunto diferente. Se asemejaba cada vez más a la clase trabajadora y algún día descubriría “su corazón proletario”.

Se vio que este análisis era demasiado simple y optimista, pues cuando verdaderamente se proletarizó la clase media en la Alemania, a fines de los veinte y principios de los treinta, importantes secciones se volvieron hacia los nazis para no confundirse con los trabajadores. Así, a fines de la Segunda Guerra Mundial la única doctrina que distinguía al socialismo marxista, la teoría de que el desarrollo social inexorablemente creaba una clase revolucionaria, ya no podía sostenerse. Fue en aquel momento cuando se desarrolló una profunda crisis ideológica dentro de todas las filas del movimiento socialista.

Los socialdemócratas alemanes que en 1959 básicamente revisaron su programa en Bad Godesberg de manera universal serían considerados a la derecha del movimiento socialista; Herbert Marcuse, quien tuvo gran influencia en la nueva generación radical de Norteamérica y Europa durante los sesentas, sería colocado en la izquierda. Sigue siendo tan profunda la crisis socialista que Marcuse y los socialdemócratas hablan sobre la misma realidad. El programa de Godesberg observó que “el proletario indefenso, sin derechos, que acostumbraba pasarse una jornada de dieciséis horas para obtener un salario de hambre ha ganado la jornada de ocho horas, seguridad en su trabajo, protección contra el desempleo, la enfermedad, las afecciones crónicas y disposiciones para el retiro”. Y Marcuse escribe: “‘la gente’, anteriormente el fermento del cambio social, se ha ‘elevado’ para convertirse en el fermento de la cohesión social”. Los socialdemócratas y Marcuse, por supuesto, sacaron conclusiones muy diferentes de su análisis común: los primeros, como lo hemos visto, abandonaron la idea de un partido político de “clase” y recurrieron a todos los alemanes; el último busca un nuevo proletariado formado por los pobres y los excluidos, cambiando su fidelidad de los proletarios marxistas a los lumpenproletarios bakuninistas.

Mi perspectiva difiere tanto del Programa de Godesberg como de Marcuse (aunque en su disputa mis simpatías y apoyo político están claramente con los socialdemócratas). No hay duda alguna de que la clásica teoría marxista ha sido trastornada, al menos en parte a causa de los beneficios sociales que Marx hizo ver podían ganar los trabajadores. Pero incluso en la nación más rica de la tierra, los Estados Unidos, la “vieja” clase trabajadora sigue teniendo intereses

básicos creados en la democratización del poder. Además, una "nueva" clase trabajadora se está convirtiendo en la base de la tecnología avanzada que puede rejuvenecer el movimiento socialista. Y existe todavía otro estrato, cuya definición es sumamente difícil de dar con precisión, que también es un aliado potencial del cambio social.

Al analizar estas tres fuerzas que pueden convergir en la lucha por una sociedad socialista, no sugiero que su victoria sea históricamente necesaria. Después de todos los cambios y derrotas imprevistos del siglo pasado, un socialista se haría el tonto tratando de revivir las consolaciones de las leyes de hierro de la historia que han sido retorcidas dándoles formas irreconocibles. Pero existe la posibilidad de crear el bloque que estoy a punto de descubrir, y el que se convierta en realidad depende, en cierta medida, de que los socialistas estén convencidos de admitirlo.

En primer lugar existe la "*vieja*" clase trabajadora manual.

A fines de los cincuentas y principios de los sesentas un grupo de intelectuales —entre los que se destacaban Raymond Aron y Daniel Bell— proclamaron el "fin de la ideología". Argumentaban que los antagonismos militantes del capital y el trabajo habían terminado, o cambiado a grandes rasgos, y que el cambio social se había convertido en el problema de cómo los expertos dividirían un producto nacional bruto en constante crecimiento. En *The Accidental Century (El siglo accidentado)*, que se publicó en 1965, desafié esta tesis y sostuve que los cambios revolucionarios que se verificaban en la tecnología y la estructura económica podían radicalizar nuevamente las masas.

Creo que la segunda mitad de los sesentas confirmaron mi análisis más que el fin de los ideólogos. En todas las naciones avanzadas se registró un desasosiego juvenil y estudiantil sin precedentes y en los Estados Unidos también hubieron explosiones de furia negra y una nueva militancia entre los norteamericanos de habla hispana. Pero más con la idea de esta sección, en Francia, Italia, Alemania y España, la clase trabajadora llevó adelante las luchas más determinadas desde los treintas. En los Estados Unidos las luchas laborales no fueron tan dramáticas como en Europa, aunque hubo una serie de huelgas importantes en que la masa rechazó los contratos negociados por sus dirigentes al considerarlos demasiado moderados. Esto concuerda difícilmente con la teoría general de que la clase trabajadora norteamericana está totalmente integrada al

sistema y, en todo caso, en vías de desaparecer a causa de la tecnología.

Lo que muchísimos observadores no lograron comprender fue que aunque el porcentaje de trabajadores ocupados en la labor manual declina, las cifras absolutas muestran un incremento, y que aunque sus condiciones de vida son mejores de las que han tenido, de ninguna manera son las apropiadas. En 1965 el 37 por ciento de los norteamericanos en el mercado de trabajo eran artesanos, capataces, operadores y peones. De acuerdo con las cifras que en 1970 proyectó el Departamento de Trabajo para 1980, la manufactura, la transportación, la construcción y la minería emplearían más de treinta y tres millones, en tanto que el gobierno (estatal y local) y las industrias de servicio, registrando ambos una creciente proporción de sindicalizados, representarían aproximadamente treinta y cinco millones.

Así, de ninguna manera "desaparece", la clase trabajadora como han pensado algunos académicos. Y al mismo tiempo que los sabios explicaban cómo el proletariado había dejado de fungir como actor histórico, había decenas de millones de trabajadores que se enfrentaban a muchos de los antiguos problemas de la clase trabajadora. Ya que, como lo muestran las cifras calculadas por la Oficina de Estadística Laboral, a fines de 1966 se necesitaban 9 200 dólares para sostener una familia urbana de cuatro miembros en los Estados Unidos, llevando un "nivel de vida moderado" (la definición permitía, por ejemplo, la compra de un traje nuevo y un carro usado de dos años atrás cada cuatro años). Con la desenfadada inflación de los últimos sesentas, es obvio que esta cifra debe revisarse situándose algo arriba de 11 000 dólares para 1970.

Así, pues, el nivel de 1966 requería un sueldo semanal de 177 dólares. De hecho, el promedio para los trabajadores industriales era de 144 dólares. En verdad una mayoría del pueblo norteamericano no contaba con los recursos de este presupuesto "moderado". Además de los pobres, había decenas de millones de obreros norteamericanos que, aunque no sufrían hambre, tenían que luchar y ahorrar para salir adelante. Y muchos de estos ciudadanos estaban concentrados en trabajos fabriles que físicamente eran agotadores. Así, los "antiguos" problemas de salarios y condiciones de trabajo seguían constituyendo un factor muy importante en la experiencia de la mayoría del pueblo. Y en Europa, donde la riqueza *per capita* es inferior a la de los Estados Unidos, estas tendencias eran todavía más pronunciadas.

Aunque el descontento de la clase trabajadora norteamericana no tomó las formas turbulentas y casi revolucionarias que adquirió en Francia e Italia durante 1968 y 1969, seguía siendo una poderosa fuerza política. En las elecciones de 1968, los supuestamente decrepitos sindicatos fueron claramente el elemento más importante en la coalición que, a pesar de la más difícil diferencia, casi eligió presidente a Humphrey. En las elecciones del Congreso de 1970 un esfuerzo semejante frustró los planes de Nixon para obtener grandes ventajas republicanas.

Además, el potencial político de las clases sociales no puede ser determinado contando simplemente sus miembros. Hay naciones en las que la mayoría aplastante es campesina y la sociedad sigue siendo controlada desde las ciudades. Lo que sucede es que los campesinos están dispersos, forman grupos separados y están en una etapa pre-moderna. Pueden encolerizarse y amotinarse e incluso proporcionar tropas a Mao o a Ho Chi-Minh. Pero la tecnología decisiva de la economía contemporánea es industrial y, por lo tanto, el centro de poder es urbano. Los trabajadores, por otra parte, están concentrados en números elevados, sujetos a una disciplina común en el proceso laboral y obligados, en defensa de sus intereses más inmediatos, a construir instituciones colectivas. Por ello tienen una cohesión, un peso social, independientemente de su número.

Subrayo este aspecto de la vida de la clase trabajadora ya que la gente opulenta, con educación universitaria y orientada al problema que debe unirse a los sindicalistas, con mucha frecuencia lo ignoran. La nueva agrupación que está surgiendo como resultado de una mayor educación masiva es sumamente importante. Pero no tiene una solidaridad que le impongan las mismas condiciones de la vida y del trabajo, como sucede con el movimiento laboral. Por lo tanto, aunque disminuya el número de trabajadores dedicados a la labor manual y que aumente el de los "trabajadores profesionales, técnicos y conexos", es la gente trabajadora con sus propias instituciones estables la que debe constituir el componente decisivo de una mayoría socialista.

Paradójicamente, la opulencia puede provocar que los trabajadores luchan políticamente, de la misma manera que lo hace la pobreza. Marx reconoció la posibilidad de que el triunfo capitalista hiciera que los trabajadores se rebelaran en 1849.

El rápido crecimiento del capital productivo, es-

cribió, produce, aproximadamente con la misma rapidez, un incremento en la opulencia, en el lujo, en las exigencias y empleos sociales. Así, pues, aunque han aumentado los placeres del trabajador, las satisfacciones sociales que le proporcionan quedan por abajo, en comparación con el incremento de placeres en los capitalistas, pues son inaccesibles para el trabajador y en comparación con el estado de desarrollo de la sociedad en general. Nuestros deseos y placeres provienen de la sociedad; los medianos, por lo tanto, de acuerdo con la sociedad...

A principios de los sesentas, en los Estados Unidos, algunos observadores informaron sobre algo semejante a ese modo de aumentar los placeres y disminuir las satisfacciones entre los trabajadores. En su primer mensaje al Estado de la Unión el mismo Richard Nixon subrayó que "nunca una nación había parecido tener tanto y gozarlo tan poco". Y en su informe a Nixon, el secretario asistente de Trabajo, Jerome M. Rossow, habló sobre el descontento de los opulentos trabajadores manuales: los trabajadores no pueden enviar a sus hijos a la universidad —que actualmente se está convirtiendo en algo tan esencial como lo fue la educación secundaria en la generación pasada— sin un gran esfuerzo financiero; sus empleos han perdido categoría; y se sienten amenazados por los militantes negros. En 1971 algunas de estas emociones incluso provocaron que la policía huelguista de la ciudad de Nueva York imitara las tácticas de confrontación de los "nuevos izquierdistas" a quienes odiaba.

En Inglaterra se pueden tener nociones más precisas sobre la prosperidad y el movimiento laboral al contarse con un excelente estudio empírico y teórico, *The Affluent Worker in the Class Structure* (*El trabajador opulento en la estructura de clase*). Los trabajadores con buenos sueldos, informó, no se han convertido en burgueses.

Un obrero fabril puede duplicar su nivel de vida y seguir siendo una persona que vende su trabajo a un patrón a cambio de un salario; puede trabajar en un tablero de control en vez de una línea de montaje sin cambiar su posición subordinada en la organización productiva; puede habitar una casa propia en una propiedad o suburbio de "clase media" y seguir manteniéndose al margen del mundo social de los empleados no manuales.

Pero aunque el estudio inglés no sostiene la teoría de que los trabajadores opulentos han entrado en las filas de la clase media —en forma aplastante siguen

apoyando al Partido Laborista, por ejemplo—, plantea una cuestión perturbadora. La antigua solidaridad laboral, informa, ha desaparecido casi por completo de la vida cotidiana e incluso del área de trabajo. La nueva prosperidad de los trabajadores ha hecho que el hogar y el consumo privado sean el centro de su actividad, de tal manera que han declinado las instituciones de clase formales e informales, como los clubes y tabernas. Siguen siendo colectivistas, ya que sus condiciones de vida los obligan a asociarse y llevar una acción pública concertada. Pero, concluyeron los investigadores ingleses, su colectivismo tiende a ser “instrumental” —no una forma de vida o una célula de la nueva sociedad, sino simplemente una técnica para proteger regularmente sus estrechos intereses económicos.

Ciertamente ha sucedido algo semejante en Norteamérica. El *élan* (impulso) y los aspavientos que acompañaron al surgimiento de la CIO, en gran medida han desaparecido. Aunque guarda mucho de la intensa vida política que caracterizó a los sindicatos de aquellos días. El movimiento ha seguido dedicándose a buscar mejores salarios y condiciones de trabajo y a la acción política, pero el sentido de hermandad parece haber desaparecido. Si ésta fuera la única tendencia, entonces los sindicatos podrían convertirse en grupos de interés hacia dentro, volviendo a las tradiciones de la AFL anterior a la Primera Guerra Mundial. Y aunque en ese caso deben hacer mucho por sus miembros, sería absurdo pensar que tienen un lugar en la lucha para crear un nuevo orden.

Australia podría constituir un precedente. Allí los trabajadores tomaron conciencia política desde principios del siglo y desde entonces han tenido su propio partido. Así, aunque el Partido Laborista australiano (junto con su rama extensamente católica romana y extremadamente anticomunista, el Partido Laborista Demócrata) tiene una base clasista y se dedica a un programa de empleo completo, nunca se ha declarado a favor de una reorganización socialista de la sociedad. En Norteamérica, igualmente, el laborismo podría ser un vehículo de ese “colectivismo instrumental”, aprovechando al máximo un limitado interés propio en vez de una visión más extensa.

Creo que las condiciones objetivas no son favorables a esta privatización, tanto de la clase trabajadora, como de sus instituciones. Ya que el componente social del nivel de vida es cada vez más importante. Aire limpio, buenas escuelas, vecindarios vibrantes, seguridad pública y sentido de identidad no pueden com-

parse en el supermercado. En verdad si las prioridades del mercado prevalecen dentro de la sociedad, estos bienes cruciales se destruirán posteriormente. Por lo tanto, quisiéranlo o no los trabajadores, serán obligados a una acción pública para satisfacer sus deseos privados.

Un estudio que realizó en 1971 el Centro de Investigaciones de la Universidad de Michigan indica que los mismos trabajadores pueden ser perfectamente conscientes de esta situación. Al través de entrevistas de fondo con un corte transversal nacional de trabajadores, los eruditos de Michigan descubrieron que la preocupación principal de la muestra eran beneficios marginales —seguro médico, permiso por enfermedad y programas de retiro. En seguida verán los riesgos de salud y de seguridad y los problemas de transporte, después condiciones físicas desagradables en el trabajo y un horario inconveniente o excesivo. Los salarios bajos ocuparon el sexto lugar entre diecinueve quejas. Lo que estas actitudes revelan es que las primeras cinco quejas pueden arreglarse con sólo realizar una acción colectiva, y en la mayoría de los casos gubernamental. La clásicamente “privada” exigencia de un ingreso mayor fue subordinada a los otros valores, mucho más sociales.

En una notable revisión —quizá rechazo si se quiere utilizar la palabra precisa— de su propia tesis sobre el “fin de la tecnología” escrita en 1947, Daniel Bell describió una tendencia de suma importancia: “Actualmente me parece claro que en Norteamérica nos estamos apartando de una sociedad basada en un sistema mercantil de empresa privada acercándonos a una en la que las decisiones económicas más importantes serán tomadas a nivel político, en términos de ‘metas’ y ‘prioridades’ definidas conscientemente.” En agosto de 1971, Richard Nixon dramáticamente corroboró la tardía comprensión de Bell en lo referente a las arraigadas corrientes colectivistas de la época. Volviendo la espalda a la economía del *laissez-faire* que había guiado sus dos primeros años de mandato como presidente, Nixon declaró congelados los precios de salarios y propuso una suma de 9 000 millones de dólares como incentivo para las corporaciones, 2 500 millones para el consumidor y un vale por los ingresos básicos que había exigido para los pobres.

Se podía predecir que la AFL-CIO respondería con indignación a las prioridades contenidas en la política de Nixon. Su consejo ejecutivo declaró:

En vez de extender la mano auxiliadora del go-

bierno federal al pobre, al desempleado, a los estados y ciudades financieramente restringidas y al consumidor molestando por la inflación, el presidente decidió seguir enriqueciendo a las grandes compañías y a los bancos. . . El programa del señor Nixon se basa en la infame teoría del "goteo". Se darían enormes sumas de dinero que pertenecen al pueblo de los Estados Unidos a las grandes compañías. Haría esto a expensas del pobre, de los gobiernos estatal y local y de sus empleados, de los obreros y asalariados.

El aspecto radical de esta confrontación es que se refiere a la pésima distribución de la riqueza dentro del sistema mismo. Aquí la AFL-CIO contradice la tendencia más básica de la sociedad neocapitalista por la que actúa el Estado para fortalecer la desigualdad aun cuando proclama que promueve el bien común. Y si, como correctamente arguye Bell, las decisiones básicas del futuro se tomarán políticamente, entonces hay motivo para esperar que los sindicatos no se enfrenten simplemente a problemas de salarios y horas, sino también a problemas básicos de la estructura socioeconómica.

En sus reflexiones sobre el futuro socialista después de la derrota del gobierno de Wilson, en que ocupó la cartera de ministro, Anthony Crosland escribe que la única alternativa a los ataques periódicos de inflación y recesión es una política de ingresos. En realidad, Crosland pide al Partido Laborista que este enfoque constituya el principio central de su programa para los setentas. El hecho de que Nixon adoptara una política de ingresos reaccionaria en 1971 es la prueba de que esta tendencia existe tanto en la derecha como en la izquierda. Y la insistencia de la AFL-CIO en el sentido de que el ingreso aparte del salario, como utilidades, ventas y dividendos, sea controlado, muy bien podría ser el augurio de una nueva dirección básica en la política laboral, que viera a los sindicatos, actuando sin tomar en cuenta un interés privado, convertirse en los campeones políticos de una creciente igualdad en toda la sociedad norteamericana.

Así pues, la "antigua" clase trabajadora no ha desaparecido ni tiene su interés más inmediato en la democratización del poder económico. Con toda claridad se ve que será el elemento más extenso y decisivo en cualquier coalición liberal del futuro inmediato; por su potencial puede desempeñar un papel muy importante en una coalición socialista del futuro.

También existe la "nueva clase" trabajadora.

Al mismo tiempo que el neocapitalismo planea y

racionaliza, cada vez más, produce un estrato constantemente mayor de ingenieros, técnicos y obreros altamente calificados. En las proyecciones del Departamento de Trabajo para 1980, por ejemplo, la ocupación con mayor crecimiento durante los setentas es la de "trabajadores profesionales y técnicos", que aumentará en un 50 por ciento, mientras que los operadores (ensambladores, conductores de camión, conductores de autobús) crecerán en sólo un 10 por ciento. En consecuencia, se calcula que en 1980 habrá ligeramente más profesionales que operadores (15.5 millones en comparación con 15.4 millones). Los primeros serán clase media con sus dotes educativas y su estilo de vida, pero sus condiciones de trabajo y los problemas de desempleo los enfrentarán a problemas desde hace tiempo familiares a la clase trabajadora. (El estudio inglés sobre los trabajadores opulentos también observó esta tendencia a la "proletarización" en ese terreno.)

En las discusiones sostenidas durante el movimiento socialista anterior a la Primera Guerra Mundial, Kautsky enfatizó considerablemente sobre la posibilidad de que la *intelligentsia* se hiciera más proletaria. Pero Thorstein Veblen fue el primero en hacer más precisa y aplicar esta idea, efectivamente, a los trabajadores profesionales y técnicos. Veblen escribió sobre un "cuerpo de especialistas en producción tecnológica, a cuyas manos la fuerza de las circunstancias han empujado el debido funcionamiento del sistema industrial. . ." Y después, en un pasaje en que preveía el descubrimiento de nuevos tipos sociales por parte de John Kenneth Galbraith, Daniel Bell y otros, Veblen escribió: "Estos expertos, tecnólogos, ingenieros o cualquier otro nombre que se les ponga, forman la Dirección General del Sistema Industrial; y sin su guía y contacto inmediato el sistema industrial no funcionaría."

Veblen pensó que los ingenieros tomaban conciencia de clase y se volvían anticomerciales y que serían capaces de dirigir la sociedad del futuro, lo cual difícilmente llegaría a ser verdad. Ya que este análisis —así como los de Bell y de Galbraith— olvida que al mismo tiempo que los tecnólogos actúan dentro del sistema capitalista, sin importar la excelencia de sus valores personales, serán aplastados por las estructuras que sirven. Pero en realidad proporcionan un nuevo grupo político sumamente importante e incluso una fuente para el sindicalismo.

En Francia esta posibilidad fue resaltada durante los tumultos de mayo de 1968. De acuerdo con las in-

formaciones de Serge Mallet y Alain Touraine, los sindicalistas más militantes en la gran oleada de huelgas no fueron los trabajadores de las minas de carbón, una fuente clásica de intransigencia proletaria, sino los que trabajan en electrónica, química, comunicaciones y educación. Además, estos trabajadores altamente educados presentaron demandas en relación con la democratización del mismo lugar de trabajo. Simplemente no querían aceptar las jerarquías heredadas del capitalismo industrial del siglo XIX.

La federación de sindicatos que, en Francia, ha tenido mayor éxito entre esta "nueva" clase trabajadora es la Federación Democrática del Trabajo (CFDT), antiguamente el movimiento laboral católico como la Federación Cristiana (CFTC). En 1952, cuando Eugene Descamps citó a Blum y Jaures en una reunión de la CFTC, fue reprendido por Gastón Tessier, quien dijo: "Aquí no se habla de socialismo." En 1970 Descamps era secretario general de la Federación y oficialmente había declarado sus simpatías por una sociedad socialista. No decimos esto con la intención de sugerir que existe una tendencia automática hacia el socialismo en este nuevo estrato de la sociedad industrial. El estudio inglés sobre los trabajadores opulentos, por ejemplo, no descubre esta tendencia. Pero el desarrollo abre por lo menos nuevas posibilidades a los socialistas, como lo muestra el caso francés.

Incluso en los Estados Unidos se pueden observar exactamente las mismas tendencias. Uno de los sindicatos con mayor crecimiento en los sesentas fue la Federación Norteamericana de Maestros (American Federation of Teachers). Si, lo cual es posible, se fusionara con la Asociación Nacional Educativa (National Educational Association) que, a pesar de proclamar su profesionalismo, actúa cada vez más como sindicato, su organización combinada sería el segundo sindicato en cuanto a extensión en Norteamérica (sólo los camioneros tendrían más miembros). Y habría tendencias semejantes hacia tratos colectivos entre los sacerdotes, las monjas, las enfermeras, los atletas profesionales y otras categorías de trabajadores no dedicados a la labor manual.

John Kenneth Galbraith describió otro aspecto de este desarrollo en *El nuevo estado industrial* (*The New Industrial State*). La corporación ha crecido tanto y hace sus inversiones de multimillones de dólares en periodos tan largos que actualmente es necesario un cuerpo de planeadores industriales. Esto marca, sugiere Galbraith, una importante y nueva fuente de poder, ya que la sociedad siempre otorga un respeto particular

a su recurso más escaso. Primero fue la tierra, después el capital y ahora la inteligencia organizada. Por su parte Daniel Bell ha dicho que los "nuevos hombres" surgen con "los científicos, los matemáticos, los economistas y los ingenieros de la nueva tecnología compleja. El liderazgo de la nueva sociedad no quedará en los hombres de negocios o corporaciones, como las hemos conocido... sino en la corporación de investigaciones, los laboratorios industriales, las estaciones experimentales y las universidades". Estas dos descripciones siguen siendo de Veblen, demasiado optimistas en cuanto al poder y los valores humanos de los técnicos. Pero dan ideas sobre una importante, y nueva, realidad social.

De esta manera, la evolución de la sociedad capitalista pone de manifiesto un nuevo estrato de clase trabajadora con un considerable potencial socialista. Es clase media en su educación y en su ingreso, pero a menudo se encuentra sujeta a una disciplina de producción semejante a la de los trabajadores. Por su formación intelectual está dispuesta a planear a largo plazo y no tiene grandes intereses creados en la propiedad privada corporativa (por toda la publicidad en torno a la generalizada propiedad de valores en Norteamérica, la aplastante mayoría de accionistas confían en sus empleos, no en sus valores, para el grueso de su ingreso; para ellos, la especulación es una diversión que frecuentemente es peligrosa, como lo mostró el mercado bajista de 1969 y 1970). Mientras permanece encerrado dentro de las instituciones neocapitalistas, este estrato no puede actuar por cuenta propia, en contra de lo que piensan Veblen, Galbraith y Bell. Pero cuando crea sus propios grupos —sindicatos, clubes políticos, incluso asociaciones profesionales— puede influir en la sociedad y comprensiblemente empujarla en una dirección socialista.

Sería erróneo mostrar euforia por este cambio en la estructura de clase, ya que tiene sus ambigüedades. En Suecia, durante 1971, los funcionarios se declararon en huelga. Estos educados trabajadores del sector público se inquietaron por la política igualitaria del gobierno del primer ministro Olof Palme y creyeron, según lo informó el corresponsal socialista alemán en Estocolmo, que sería un error reducir las diferencias entre el trabajador educado y el no educado. Así, es posible que este nuevo estrato calificado se comprometa en una política de estado conservador destinada a mantener las desigualdades capitalistas tradicionales. Pero aun en este retroceso no se pierde la esperanza, ya que Palme convenció a su partido de que "com-

prendiera una redistribución del ingreso y de la riqueza de la sociedad en favor de los pobres y desamparados. Con el tiempo puede lograr que los socialdemócratas suecos, el primer movimiento en el mundo que se compromete en el financiamiento de un déficit planeado como medio para financiar el empleo completo, una vez más hayan desempeñado el papel de innovadores promotores”.

El tercer posible componente de la nueva mayoría socialista es el más difícil de definir. Está compuesto sobre todo por *jóvenes con educación universitaria* (o la están recibiendo), que no son tecnólogos ni profesionales.

En un estudio que *Fortune* efectuó en 1968 y mostró que el 40 por ciento de la juventud universitaria no estaba fundamentalmente satisfecha con los valores de la sociedad norteamericana, la mayoría de este grupo —*Fortune* los llamó “precursores”— eran estudiantes en artes y humanidades. La alternativa vocacional que llamaba la atención del mayor grupo entre ellos (39 por ciento) era la enseñanza. Esto, por supuesto, los convertía en parte de la categoría “profesional” de acuerdo con las definiciones de los especialistas en estadística de Washington. Pero ciertamente no los calificaría como parte de la “tecnestructura” de Galbraith (ya que la mayor parte de ellos se orientaría hacia la enseñanza escolar primaria y secundaria y nunca participaría en instituciones de investigación, o corporaciones).

Estos no técnicos son los representantes más visibles de la “brecha generacional” que ha sido tan discutida en Europa y Norteamérica. No encarnan simplemente una nueva definición del significado de edad, sino también las consecuencias de cambios en la estructura de clase.

La adolescencia, como señala Kenneth Kenniston, fue una invención de la sociedad industrial. Antes del surgimiento del industrialismo urbano, los niños entraban a la sociedad adulta en cuanto eran físicamente hábiles (y en los primeros años del capitalismo, aun antes). Pero con el crecimiento de la riqueza y de la clase media, a los hijos de los que tenían buena posición se les concedió una “moratoria” (empleando la idea de Erik Erikson) de los 13 a los 19 años, en los que no eran niños ni adultos. Ahora que la sociedad ha logrado una mayor opulencia, ha creado otro nuevo periodo en la vida humana, el que “se sitúa entre la adolescencia y la adultez”.

Esta nueva fase, arguye Kenniston, ha constituido

la base de las corrientes de la nueva izquierda en las naciones avanzadas durante los sesentas, ya que los radicales, descubrió Kenniston, son aplastantemente hijos de la clase media —e incluso clase media superior— provienen de hogares liberales y su encono hacia el orden existente en parte es resultado de que se les haya dado el tiempo libre y la oportunidad educativa de tener una “desinteresada” opinión crítica. Pero sus ideas contrarias al *establishment* también pueden reflejar un cierto interés personal como sugirió Bruno Bettelheim, ya que muchos de estos jóvenes comprenden que, junto con su educación liberal, están fuera de moda en una economía tecnológica. Habiéndoseles enseñado “buenas maneras” en una época que necesita técnicos, se convierten, de acuerdo con la frase de Walter Lippmann, en “abandonados del progreso”.

Ahora bien, sería un gran error pensar que el vasto incremento de la población universitaria es principalmente un fenómeno de clase media o clase media superior. En octubre de 1969, había 7.4 millones de estudiantes en educación superior —y el 61 por ciento de los blancos y el 71 por ciento de los negros provenían de hogares cuyo jefe no había asistido a instituciones superiores. Con toda seguridad la predisposición de clase del sistema norteamericano todavía se encontraba primordialmente en el trabajo —66 por ciento de los hijos de familias con ingresos de 15 000 dólares al año y más recibían educación avanzada, en comparación con sólo 16.4 por ciento de los que percibían ingresos del orden de 3 000 dólares al año o menos. Aún más, los estudiantes de familias con menos de 15 000 dólares al año tenían el doble de miembros, en comparación con los que recibían más de esa cifra. Así se ve que estamos frente a una mutación estructural masiva en la sociedad como conjunto que influye en todas las clases, en forma tal que una buena parte de los “precursores” de *Fortune* deben provenir de hogares de clase trabajadora y clase media baja. Sus compañeros de mejor condición pueden expresar sus convicciones de manera más visible y convincente pero no cuentan la historia completa.

Este nuevo desarrollo tendrá enormes ramificaciones políticas. En 1910, cuando atacaba la teoría de Max Adler en el sentido de que los intelectuales tienen una inclinación natural hacia el socialismo, León Trotsky estuvo de acuerdo en que los estudiantes representan un caso especial y definió su posición en términos que actualmente se aplican a millones en las economías avanzadas:

Los estudiantes, en contraste con el joven trabajador y con el padre de éste, no cumple una función social, no experimenta una dependencia directa del capital o del estado, no tiene responsabilidad de ningún tipo y —al menos objetiva, si no subjetivamente— tiene libertad para juzgar lo correcto y lo erróneo. En este periodo, dentro de él todo bulle, sus prejuicios de clase no tienen forma como tampoco sus intereses ideológicos, los asuntos de conciencia son de suma importancia para él, tiene la mente abierta por vez primera a grandes generalizaciones científicas, lo extraordinario es casi una necesidad psicológica para él. En caso de que el colectivismo sea capaz de dominar su mente, éste es el momento de hacerlo, y de verdad lo hará mediante el carácter noblemente científico de su base y el amplio contenido cultural de sus metas, no como un prosaico problema de “cómo usar el cuchillo y el tenedor”.

Un grupo masivo con algunas de estas características, por lo menos actualmente, se forma en la sociedad norteamericana. E irónicamente, una de las principales razones por las que el capitalismo ha subsidiado tantos subversivos potenciales es el hecho de que trataba de evadir un problema más apremiante: la automatización. Cuando se planteó urgentemente por primera vez este asunto en los sesentas, había algunos escritores —incluido yo— que respondían al fenómeno con excesiva literalidad y falta de imaginación. Pensamos que tendría el obvio efecto de producir un desempleo crónico, o incluso masivo. No nos dimos cuenta de los diferentes disfraces que esta tendencia podría adoptar. Uno de ellos fue la guerra de Vietnam, que llevó a cabo una política que muchos de nosotros había propuesto —la creación gubernamental directa de 1 700 000 empleos—, pero en forma trágica y asesina. Otro disfraz fue esta alargada postergación de la entrada en el mercado de trabajo por parte de los liberalmente educados hijos de la clase opulenta.

Para los que realmente preparaban y deseaban tener una carrera en la “economía del conocimiento”, este retraso era funcional. Pero para otros, que buscaban la cultura o simplemente pretendían el “título” de un grado universitario, esta experiencia los dejaba perplejos. Ciertamente se salvaban del empleo. Pero también se encontraban en nuevas instituciones masivas de enseñanza superior que no podía darles una razón convincente de por qué se encontraban allí. Así, se rebelaron en miles de formas contra la irracionalidad de sus vidas. Y en la recesión de 1970-1971 descubrieron lo precario de su situación en el momento en que la

expansión no planificada de la educación superior y un mercado de trabajo sin planificación llegaron a crear el desempleo universitario —e incluso doctoral.

En Francia, después de los disturbios de mayo de 1968, las autoridades adoptaron una versión del precedente análisis y actuaron de acuerdo con él. *Le Monde* informó en 1969:

Los estudiantes de las diferentes facultades también están inquietos por otra razón: la incertidumbre del mercado de trabajo. Casi la mitad de los graduados en artes liberales ya no encuentran plazas en la enseñanza y no están preparados para otras actividades. Esta situación rápidamente provocará la misma agitación en los graduados en economía, ciencias naturales e incluso física, ya que no todos pueden encontrar un puesto en la enseñanza o en la investigación.

Ahora bien, en otro de esos paradójicos resultados de mayo de 1968, la rebelión estudiantil, los tecnócratas responden a esta situación abriendo una nueva escuela para enseñar técnicas de administración e introduciendo el estudio de la tecnología en las facultades de ciencias, de tal manera que los estudiantes estén preparados para trabajar en la industria.

Pero otra respuesta, proveniente de algunos de los jóvenes, es apartarse completamente de la sociedad orientada al trabajo. Por supuesto, ésta es una opción tomada por una minoría relativamente insignificante, aunque el estilo *hippie* encuentra un notable eco entre los que no se han separado por completo, pero comparten las insatisfacciones de quienes lo han hecho. Theodore Roszak arguye que este fenómeno es tan serio que marca la aparición de una “contracultura” y una desviación radical de los supuestos fundamentales del Occidente desde la Revolución Científica del siglo xvii. Reúne misticismo oriental, drogas sicodélicas e impulsos comunitarios; es profundamente hostil a la racionalidad tecnológica.

En su forma extrema, la lógica política de esta actitud conduce a un utopismo peligroso en el peor sentido de la palabra. Roszak pregunta:

... ¿Qué tan listos están los trabajadores para destruir sectores completos del aparato industrial en que esto se muestra necesario para alcanzar fines diferentes de la productividad eficiente y el alto consumo? ¿Qué tan dispuestos están a prescindir de las prioridades tecnocráticas en favor de una nueva vida sencilla, un ritmo de desaceleración social, un ocio vital?

Y esta visión culmina con la proclamación de “un nuevo ciclo y una nueva tierra tan vastos, tan maravillosos, que las exigencias desordenadas de la habilidad técnica necesariamente deben retirarse, ante la presencia de tal esplendor, hasta una posición subordinada y marginal en las vidas de los hombres”.

Tomo en serio este punto de vista aunque sólo expresa la actitud de un pequeño número de jóvenes en el margen desafiado del nuevo estrato educado, ya que partes de esta ideología —y en este sentido la moda *hippie* en el vestido— se encontrarán en una gran cantidad del creciente grupo con educación universitaria. De esta manera, lo que Roszak articula es la farisaica demanda de que esa gente se refiere a su propio universo, y en nombre del ultraradicalismo de hecho reducen las oportunidades del cambio básico.

Políticamente, es imposible persuadir a la mayoría del pueblo de los países avanzados de que de manera voluntaria lleven una vida ascética. A diferencia de los habitantes de la contracultura que generalmente provienen de hogares opulentos y viven al margen de la riqueza de la sociedad, siguen teniendo necesidades materiales que no son satisfechas. Algo más importante, al tratar con la agonía del poder en los países avanzados —y de cientos de millones en el Tercer Mundo que están todavía más desesperados— necesita que la tecnología contemporánea se utilice en la creación de alimentos, alojamiento y vestido. Por ejemplo, fue racionalidad tecnológica —en este caso, investigación científica aplicada— la que trajo como resultado la “revolución verde” de nuevos tipos de trigo y arroz, haciendo posible la generación de grandes aumentos en la producción agrícola de la India. Llevar a cabo el programa de la contracultura literalmente amenazaría a millones con el hambre. La poética demanda de prescindir de las máquinas, tan acuciante para los jóvenes que nunca las han manejado ni se han dado cuenta de su dependencia de ellas, viene a parecer sumamente reaccionaria.

Esto no significa que el punto de vista *hippie* carezca completamente de sustancia. Es muy correcto argumentar que la producción no es un fin en sí mismo, como sostiene la ideología capitalista del consumo eternamente creciente. Y está bien decir que una vez que están satisfechas las necesidades básicas de toda la población de la tierra, el hombre debe volverse hacia otras ocupaciones. Marx, en su definición más profunda del socialismo en sí, afirmó que el “reino de la libertad” no surgirá hasta que haya desaparecido el trabajo obligatorio. Y comprendió que si uno renuncia-

ra a la disciplina del mercado de trabajo, se registraría una mutación en el carácter síquico del hombre —habría “nuevos” hombres.

Pero Roszak y aquellos a los que habla quieren pasar inmediatamente al reino de la libertad, aun cuando al hacerlo abandonen esa gran mayoría de la humanidad que todavía se ve forzada a vivir en el reino de la necesidad. Ahora bien, sería erróneo determinar el significado de estos anhelos en los términos de su formulación más extrema. Existen, el estudio de *Fortune* lo indica, algunos millones de jóvenes que han tomado lo mejor de estos valores, pero que todavía siguen preocupados por la lucha actual por cambiar la sociedad en vez de apartarse de ella. Son los que siguieron a los senadores McCarthy y Kennedy en 1968 y que organizaron aquella celebración nacional de la paz en octubre de 1969. Y perfectamente podrían responder a un programa socialista para la humanización de la tecnología, no mediante la separación de una minoría sensitiva e irresponsable, sino mediante la creatividad consciente de la mayoría. De esta manera, hay tendencias que alteran la estructura de clase de la sociedad neocapitalista en forma tal que pueden posibilitar la elaboración de una nueva coalición no simplemente para ésta o aquellas reformas, sino para el bien de la sociedad. Los nietos de los prisioneros del hambre, los técnicos y los hijos liberalmente educados de los ricos podrían unirse en una alianza que transformara tanto las cantidades como las cualidades de la vida.

III

Así, pues, la visión socialista podría adquirir importancia para el siglo XXI. Esto significaría que las masas de hombres y mujeres buscarían la edificación de una sociedad en la que tendieran a desaparecer el trabajo obligatorio y la moneda. Estos últimos son importantes en el sentido en que definen la aproximación a una meta —y también porque se refieren a las alternativas políticas que deben tomarse mañana. Si, por ejemplo, se es muy claro en cuanto a la necesidad de hacer que los bienes y las mercancías sean cada vez más gratuitos, entonces eso afectará la forma en que se planee un programa de seguro contra enfermedades.

En 1971, por ejemplo, los propósitos médicos de Richard Nixon tenían como fin dejar intactas las estructuras existentes realizando contratos, sin responsabilizar a la sociedad, con compañías privadas de seguros (aunque debe observarse que diez años antes pro-

bablemente Nixon hubiera denunciado su plan como “medicina socializada”). La ley propuesta por el senador Kennedy y apoyada por los sindicatos, por otra parte, de hecho tenía como fin cambiar prácticas médicas y confiaba en que sería financiada por los ingresos generales del gobierno. Con toda seguridad la proposición de Kennedy no era socialista, pero una comprensión del ideal socialista es de gran ayuda para hacer que la gente se dé cuenta de que entre las dos alternativas ésta es mil veces preferible.

De esta manera, a continuación hablo sobre un futuro lejano que debe inspirar el presente inmediato.

En una de sus disensiones más extensas sobre lo que debía ser el socialismo, Karl Marx fue explícito en que involucraba la abolición del trabajo obligatorio. Lo cito extensamente no por veneración, sino porque sus palabras conservan una percepción extraordinariamente precisa sobre la posibilidad más deseable del cambio social.

El reino de la libertad —escribió Marx— empieza primero con el hecho de que el trabajo deje de ser determinado por la necesidad y la conveniencia externa; de esta manera, la naturaleza de las cosas se localizará más allá de la esfera de la producción material en el sentido exacto de la palabra. Como el salvaje debe luchar contra la naturaleza para satisfacer sus necesidades y mantener y reproducir su vida, así el hombre civilizado debe hacer lo mismo de acuerdo con todas las formas sociales y los modos posibles de producción. Con su desarrollo, el hombre expande el dominio de la necesidad material y de sus propias necesidades; pero al mismo tiempo, expande las fuerzas productivas que lo satisfacen. En esta esfera, sólo puede surgir la libertad si el hombre socializado (*vergesellschaftete Mensch*), los productores asociados (*assoziierte Produzenten*), regulan su relación con la naturaleza racionalmente y la ponen bajo control comunal (*gemeinschaftliche*), en vez de ser dominados por ella como por una fuerza incontrolable, y si esto se logra con el mínimo esfuerzo y bajo condiciones dignas y adecuadas a la naturaleza humana. Pero esto sigue siendo el reino de la necesidad. Después de esto existe el verdadero reino de la libertad en el que el desarrollo del poder humano se convierte en un fin en sí, un dominio que sólo puede florecer sobre la base del dominio de la necesidad. La abreviación de la jornada diaria es su premisa fundamental.

Esencialmente Marx dice que en la plenitud del socialismo todos los hombres trabajarán como artistas, por una necesidad y satisfacción interiores, y no porque

se vean obligados a ganar el pan de cada día. Al discutir que incluso en la sociedad planificada, controlada socialmente, el trabajo no es libre puesto que es obligatorio, Marx se anticipaba al apasionado antisocialista Friedrich Nietzsche, quien escribió “¡Qué asco! Hablar de que un aumento en la impersonalidad dentro de una planta mecanizada hará una nueva sociedad y volver el escándalo de la esclavitud una virtud.”

Actualmente nos hemos acostumbrado tanto al régimen del trabajo obligatorio (en su sentido económico) que ya ni siquiera nos acordamos del periodo precapitalista en el que el ocio era más común. Como Marx lo ha demostrado en su brillante historia sobre la lucha de los burgueses para alargar el día y la semana de trabajo, el límite que la ley de Massachusetts fijaba al trabajo de los niños en el siglo XIX establecía la jornada normal para un adulto del siglo XVII. En la Edad Media el año laboral era de 150 a 200 días. Así, la opinión de Nietzsche reflejó, aunque desde un punto de vista reaccionario, una instintiva comprensión de la gente trabajadora cuyas vidas habían estado sujetas al cálculo de los relojes y a la división del trabajo. Más o menos un centenario después, hemos “progresado” al grado de que se nos ha olvidado lo natural que es no trabajar.

Lo que Marx comprendió y Nietzsche no, fue que la aplicación de la ciencia o la tecnología podía hacer posible —incluso necesario— cambiar la naturaleza misma del trabajo. La productividad social, que comprendió cien años antes de la actual llegada de la automatización, aumentaba en tal forma que entraba en conflicto con la estructura misma de esa sociedad capitalista. Una economía cuyo sistema productivo se expandía geoméricamente pagaba salarios con incrementos aritméticos, y este hecho en sí contiene un potencial de crisis. El neocapitalismo, según se ha visto, “resuelve” esta dificultad creando algunos nuevos fenómenos: la pobreza de la abundancia, los empleos creados por el gobierno en el sector de la guerra, las artes liberales como un vaciadero para los hijos de la clase media. Precisamente porque este sistema sigue prioridades comerciales aun cuando actúa como gobierno, no puede enfrentarse a su propia fuerza e incluso la insinuación de abundancia amenaza sus valores más estimados porque trae consigo el desempleo, la ruina ecológica, las universidades sin rumbo y muchas otras crisis.

Ésta es la clave de la paradoja presentada por la Comisión Nacional sobre las Causas y la Prevención de

la Violencia que después de la década más próspera en la historia de Norteamérica, este país se encuentra en peligro de construir una antiutopía dirigida por el odio y rasgada por las contiendas.

Pero el socialismo se vería libre exactamente de esas coacciones que estructuralmente imposibilitan al capitalismo a realizar un uso verdaderamente social de su propia productividad. En el futuro inmediato, una sociedad democráticamente socializada podría usar su enorme poder económico para satisfacer sus propias necesidades y para ayudar en la industrialización del mundo. Hay tanto trabajo por delante en Norteamérica, y en todo el mundo, que por lo menos algunas de las próximas generaciones deben hacer que el "individuo socializado" trabaje para satisfacer las necesidades básicas. Inclusive en un futuro más lejano no sólo es posible, sino necesario, que la sociedad entre al reino de la libertad. Una vez que se satisfagan las necesidades básicas de toda la humanidad, y que la productividad siga aumentando, los hombres se verán forzados a trabajar sin el trabajo obligatorio. Quedará pagada la sentencia decretada en el jardín del edén.

No sugiero que sería fácil un paso síquico de este carácter. Es un fenómeno familiar el de que algunas personas son destruidas por el retiro, que se encuentran sin saber qué hacer cuando el trabajo obligatorio se quita de sus vidas. En una conferencia patrocinada por *Dissent* en 1969, Meyer Schapiro, un brillante crítico de arte y socialista, colocó este tipo de crisis en un contexto considerado. El ideal del artista, elegir con libertad y amor su trabajo, dijo, representa un problema aun para los mismos artistas y sería infinitamente más difícil aplicarlo en la vida de las masas populares. Por un pintor o escultor que triunfa hay muchos otros cuyas esperanzas son defraudadas. Incluso en aquellos que tienen éxito frecuentemente necesitan grandes sacrificios de sus familias y amigos para desarrollar su fuerza creadora.

Me parece que Schapiro ha tocado uno de los problemas sociosicológicos fundamentales del siglo XXI: sí, en una economía de abundancia, los hombres pueden encontrar en sí mismos y en sus relaciones con los demás, más que en la necesidad externa, una razón para vivir. Algo sumamente extraño, el problema con este aspecto de la postrera proyección socialista surge porque la visión de Marx era completamente aristocrática. No esperó otra cosa que todo ciudadano se convirtiera en un hombre del Renacimiento. "En una sociedad comunista —escribieron él y Engels— no ha-

brá pintores sino hombres altamente desarrollados que, entre otras actividades, pinten."

Pero entre los grandes marxistas, fue Trotsky el que mostró el más audaz optimismo:

El hombre se hará inmensurablemente más fuerte, sabio y perspicaz; sus movimientos más rítmicos, su voz más musical. Las formas de vida se harán dinámicamente dramáticas. El tipo del promedio humano se elevará a las alturas de un Aristóteles, de un Goethe, de un Marx. Y por encima de esta colina se alzarán nuevos picos.

Esta visión elevada, al menos en parte, es una expresión de aquel peligroso socialismo mesiánico que antes describí. Aunque se entiende como la afirmación de un límite hacia el que se dirige la humanidad, pero que quizá nunca alcanzará, sirve para liberar al espíritu de la estrechez del presente. El cuerpo humano ha cambiado en el capitalismo: los exámenes del servicio colectivo de los Estados Unidos muestran que la altura aumenta en el siglo XX; y, por supuesto, los récords atléticos y quizá las hazañas biológicas se extienden en forma dramática. Un nivel de vida superior, junto con una buena dieta y atención médica, ciertamente pueden hacer que la gente sea más bella, como hace tiempo lo descubrió el rico. En el dominio de la inteligencia no hay estadísticas comparativas, pero el crecimiento cualitativo en el número de científicos, y de la gente educada en general, debe significar que algún potencial genético del hombre se ha librado de su salvaje falta de suerte y del hambre que han acostumbrado visitarlo.

Es cierto que estamos en vísperas de mutaciones síquicas, que nuestros medios sin precedente fabricados por el hombre producirán nuevos tipos de gente. El problema no está en si esto ocurrirá, sino en cómo se efectuará: de acuerdo con prioridades comerciales (según la visión pesimista de Marcuse); bajo un control totalitario (teme Orwell), o elegidos conscientemente y modelados por un movimiento sociopolítico libre.

El fin del trabajo obligatorio es una meta socialista; otra es la abolición del dinero.

Como muchos economistas lo han reconocido, el dinero es la base de un sistema de "racionamiento por la riqueza". En una sociedad de ingresos mal distribuidos obviamente es injusto que una élite disfrute de lujos mientras que a las masas se les niega la satisfacción de sus necesidades. Mucho antes de que el movimiento socialista siquiera tenga en mente sus metas finales, puede mejorar este ultraje mediante la redistri-

bución del ingreso, ya que entonces al menos serán compartidas más justamente las raciones. Pero ésa es una reforma que incluso debe ser asimilada en un modelo económico de Adam Smith. Como observa Paul Samuelson, Smith actualmente estaría de acuerdo en que la riqueza del dólar debe distribuirse en “forma ‘éticamente óptima’ —y mantener esta situación sin falseamientos ni intervenciones en el mercado” para obtener la producción más eficiente y “dar al pueblo lo que considera que realmente le conviene”.

Los socialistas propondrían ir más allá de este cambio y, con el tiempo, desafiar el principio del dinero en sí. En una discusión sobre la propiedad que produce ingreso no ganado, John Strachey discutía que dado este fenómeno, “un veneno moral inevitablemente se filtrará en la sociedad”. Y Ernest Mandel correctamente notó que mientras el acceso a los bienes y placeres sea racionado de acuerdo con la posesión del dinero, hay una penetrante venalidad, una invitación a la mezquindad y a la hostilidad con el prójimo. Particularmente en el área de las necesidades, a nadie se le debe exigir que las escoja o prescinda de ellas para tener lujos —y esta alternativa es la que hace posible el dinero.

Por lo tanto, el socialismo debe tratar de que los bienes y servicios sean cada vez más gratuitos: medicina, habitación, transportación, una dieta saludable, etcétera. La respuesta general de muchos economistas a esta proposición es el cliché de Economía I: no hay nada que realmente sea gratuito. Todas las mercancías cuestan algo para producir y si el individuo no paga por ellas directamente, alguien lo hace indirectamente. Pero esto significa no comprender la enorme ganancia social que ocurriría si la sociedad decidiera pagar todas las cosas fundamentales de la vida. Sería profundo el cambio que presagiaría este nuevo modo de distribución.

La otra crítica generalizada sobre los bienes gratuitos es el cargo de que invitan al desperdicio. Se dice que la gente pródigamente abusará de sus nuevos derechos y, por lo tanto, una sociedad socialista será lo menos eficiente en la historia humana. Esta predicción en parte se basa en el supuesto partidista de que el hombre actuará en un medio radicalmente nuevo en la misma forma que lo hizo en el antiguo, de que la codicia y la avaricia de cientos de años de capitalismo forman parte de la esencia humana. Ni siquiera es necesario ser particularmente visionario para responder a esta proposición, ya que la teoría y la práctica de los últimos años han proporcionado una

base para la esperanza socialista, pues muchos de los jóvenes más inteligentes y ricos se han rebelado contra el consumo por el consumo mismo.

En su famoso ensayo sobre la economía del socialismo Oskar Lange discute que aquellos bienes y servicios para los que la demanda es relativamente inelástica pueden hacerse gratuitos sin correr el riesgo del desperdicio. La sal es el ejemplo clásico. Es relativamente invariable su consumo en los buenos y en los malos tiempos. Si se hiciera gratuita es dudoso que los individuos de repente incrementaran exorbitantemente su uso. La situación sería diferente en el caso del transporte en una ciudad. Si fuera gratis, sin lugar a dudas se registraría un gran aumento en el uso de las instalaciones de tráfico, ya que la gente estaría más dispuesta a visitarse mutuamente, a salir de excursión, etcétera. Aun así, ¿quién puede decir que ese aumento en la vida social y en la diversión es un “desperdicio”? ¿Y quién se preocuparía de tomar el tren subterráneo sólo porque es gratis?

Hay que tomar en cuenta algunas experiencias. En California hay un plan médico privado que la Compañía Kaiser llevar adelante. Ha logrado reducir estrepitosamente el costo de la atención médica al mismo tiempo que mejora el servicio. De acuerdo con la tesis sobre las codicias inherentes en el hombre, la gente que se suscribe debería hacer uso de sus derechos con mayor frecuencia que el ciudadano que paga un costo mayor. De hecho, los pacientes de la Kaiser visitan al doctor con menos frecuencia que los pacientes del costoso sistema de servicio a cambio de honorarios. Como afirma un artículo de *Fortune*, “la experiencia de la Kaiser refuta la creencia ampliamente sostenida de que si los servicios médicos son ‘gratis’ o prácticamente gratis, el público vendrá en estampida”.

Así, pues, el socialismo no es simplemente un programa para socializar las inversiones, la propiedad, y redistribuir la riqueza, por importantes que sean todos estos objetivos. Conserva la noción de un orden de cosas verdaderamente nuevo y lo afirma mediante la visión de buscar en el futuro lejano, pero concebible, la abolición del trabajo obligatorio y el sistema de racionamiento del dinero en la medida en que es humanamente posible. Y quizá se pueda compendiar esta visión narrando una famosa parábola socialista.

En las sociedades desérticas —incluido el suroeste norteamericano— el agua es tan preciosa como el dinero. La gente convive, pelea y muere por ella; los gobiernos la ambicionan; incluso los matrimonios se hacen y deshacen a causa de ella. Si uno hablara con

una persona que sólo ha conocido el desierto y le dijera que en la ciudad hay fuentes públicas y que incluso a veces a los niños se les permite abrir las tomas de agua para bomberos en el verano y jugar en ella, estaría seguro de que uno está loco, ya que sabe, con una certidumbre existencial, que en la naturaleza humana está el pelear por el agua.

Hasta ahora la humanidad ha vivido durante varios milenios en el desierto. Nuestras mentes y nuestras emociones están condicionadas por esa amarga experiencia: no nos atrevemos a pensar que las cosas pudieron ser de otra forma. Aunque hay señales de que, sin realmente haberlo planeado de esa forma, nos encontramos saliendo del desierto. Hay quienes aborrecen dejar atrás el consuelo de las brutalidades familia-

res; hay otras que en una u otra forma quisieran imponer la ley del desierto en la Tierra Prometida. Incluso sería posible que la humanidad no soportara tanta felicidad.

También es posible que aprovechemos esta oportunidad y hagamos que la tierra sea nuestra patria, no un lugar de exilio. Ése es el proyecto socialista. No promete, ni siquiera pretende, abolir la condición humana, ya que eso es imposible. Propone dar término a esa competencia y venalidad odiosas que, a causa de que la escasez no permite otras alternativas, hemos llegado a considerar algo inseparable de nuestra humanidad.

Bajo el socialismo no terminará la historia, sino que habrá una nueva historia.